

ró á capitular, por no tener que desembolsar otro rescate.

Este fácil triunfo dió aliento al cardenal archiduque y lo decidió á seguir dócilmente los atrevidos proyectos de Rosne, que se precipitó súbitamente sobre Calais.

Calais no intentó defenderse. Mientras la guarnicion se atrincheraba en la ciudadela, los almacenes del puerto, las casas de los burgueses, hasta los barcos fueron saqueados. Diez años hacía que los españoles no habian logrado un botín tan rico: algunos soldados ganaron hasta ocho mil ducados (1).

En este momento ocurrió un suceso muy singular. Durante el pillaje, entran en la ciudadela, favorecidos por la marea, trescientos de los famosos jinetes de Enrique IV. Son los héroes del combate de Aumale, los mismos compañeros de los de la Fontana Francesa. No hay uno de estos trescientos que al guiñar un ojo, no esté dispuesto á romperse la crisma con el más pintado (2). Están mandados por Matelet, *genio y corazon de hierro*. Pero el genio de Enrique IV no les anima ya; ni siquiera saben defender una brecha, y tienen que capitular. Calais se pierde en doce dias.

Este episodio acaba de explicar hasta qué grado reunia Enrique IV las dotes, las buenas cualidades y los defectos necesarios, defectos tan necesarios como todo lo demás. Para ser el jefe de aquellos hombres recelosos é impresionables, era preciso ser temerario hasta el punto de jugarse la suerte de Francia á una estocada, *buen camarada* hasta comprometer el respeto; dominante por temperamento, elegante por instinto; siempre confiado y risueño.—Donde no está el rey, todo se pierde: ellos mismos lo dicen (3).

Guines y Catelet caen despues que Calais: el gobernador de Ham, M. de Mouy-Gomeron, vende su ciudad por veinticinco mil escudos; pero los españoles le cortan la cabeza, cuando reclama el precio estipulado (4).

Durante estas conquistas, Mauricio de Orange aprovechaba la ausencia de los antiguos regimientos españoles para fortificarse en Holanda. Con esto, el archiduque Alberto, en vez de continuar sus triunfos en Francia, como quería

(1) Herrera, t. III, p. 611.

(2) Aubigné. Véase sobre esta campaña el *Discurso verdadero de la señalada y milagrosa toma de la ciudad y castillo de Calais*... Bruselas, Rutger, Velpius, en el *Aguila de oro*, 1596.

(3) Bongars al médico del príncipe de Anhalt, p. 30. «Quo absente nihil nobis feliciter cedere.»

(4) D'Ossat á Villeroy, t. I, p. 528.

Rosne, exigió que volviera el ejército á los Países Bajos á mediados de agosto, y empleó el resto del año en Hulst, donde se arruinó su ejército y perdió Rosne la vida de un cañonazo. Poco tiempo despues, el jóven Mauricio acabó de destruir, gracias á su victoria de Herenthal, las fuerzas españolas en el Norte.

III.—Sitio de Amiens

Enrique IV se preparaba para embestir á Arras y acababa de reunir en Amiens víveres, municiones y un parque de sitio; pero no habia podido obtener de sus habitantes autorizacion para introducir en la plaza una guarnicion.—Ya nos defenderemos nosotros mismos, le habian dicho siempre los de Amiens. Uno de ellos, Mumolin, hubo de entrar en relaciones con Hernan Tello Portocarrero, gobernador de Milan y de Doullens, y lo indujo á tomar la ciudad, aprovechando la ausencia de Enrique IV, detenido en Ruan por los embrollos fiscales del parlamento de Normandía.

Hernan Tello, soldado de fortuna, bajo de estatura, «bien hecho, algo castaña la barba, amigo de tener» (5), era un tipo notable del hombre de guerra español, atrevido, previsor, incapaz de cansarse ni abatirse. A estos, no á los Chaves ni á los Vazquez ni á los Chinchones, á estos hubiera debido preferir Felipe II: si en vez de rodearse de iluminados é intrigantes, hubiera comprendido el verdadero genio de su nacion y dado la mano á los héroes que pululaban en sus ejércitos, habria cambiado ciertamente el destino de España. Pero todos los hombres generosos se hacian matar, mientras los de corazon mezquino y estrecha inteligencia, los cobardes y los envidiosos, aseguraban su dominacion sobre el país.

La estratagema empleada contra Amiens, se parece á la de Francisco de Valois contra Amberes. Hernan Tello embosca un dia de mercado (6) algunos hombres en el camino que conduce á la puerta Montreco, se detiene y desnuda á los campesinos que pasan; algunos soldados se cubren con sus blusas, «traje del país muy cómodo para ocultar las pistolas» (7); avanzan hasta el puente levadizo y empujan los asnos y carretas de nueces que acaban de secuestrar; agrúpanse en la puerta, al-

(5) Villalobos, *Comentarios*, p. 81. Nació en Toro de Castilla la Vieja.

(6) El 11 de marzo de 1597.

(7) Las relaciones oficiales conservadas en los archivos de Simancas se han publicado en el tomo VI de los *Libros de antaño*, Prólogo, pág. 97.

gunos sacos caen y se revientan: los burgueses del puesto se rien, se ponen á recoger nueces y á burlarse de los supuestos campesinos; éstos se enfadan y prolongan la escena. Entre tanto van llegando españoles, matan á los guardias del puesto y entran en la ciudad.

Hernan Tello tenia apenas mil quinientos hombres á sus órdenes: no tomó un escudo ni un mueble, ocupándose sólo en atrincherar su escasa guarnicion, en tomar en nombre del rey los cañones, las municiones, los víveres que habia reunidos en Amiens. Despues dejó á sus soldados saquear á sus anchas á los burgueses «y no habia soldado que no tuviera tres ó cuatro casas que saquear» (1); y no contentos con lo que pillaban, todavía ponian á rescate á los habitantes, así canónigos y demás eclesiásticos como seglares (2).

Muy luégo acudieron soldados de todos los regimientos y guarniciones para participar de tan rica presa, y con esto tuvo en pocos dias Hernan Tello más de cuatro mil hombres á sus órdenes, con sus criados, que ocupó sin demora en reparar las fortificaciones, disponiéndose con serenidad y firmeza á sostener un sitio.

El efecto de este golpe de mano fué prodigioso: toda la Europa volvía los ojos hácia Amiens: los antiguos ligueros se estremecieron á la idea de venderse otra vez más; el parlamento de Paris volvió á darse importancia «como esos locos de Amiens, decía Enrique IV, que me han rehusado dos mil escudos y dan un millon al enemigo.»

Enrique IV tiene que perder un año entero, un año de nuestra vida nacional, para reparar este desastre. Pocos hombres han experimentado, como él, tantas contrariedades, viniendo á destruir en un momento los resultados obtenidos, los proyectos preparados, las prudentes combinaciones de un genio indomable. Esta vez habia completado la dominacion de Francia, y de repente por la vanidad de unos burgueses poltrones, todo vacila en su mano. Un momento se siente desalentado.—Me iré á Flandes, dice, á que me rompan la cabeza de un pistoletazo.—Luégo ve llegar á sus antiguos camaradas y el instinto militar lo arrastra de nuevo. Va con su corte á Amiens y empieza el cañoneo.

Dos soldados españoles «muy ingeniosos en esto de hacer artificios de fuego,» hubieron de inventar unas balas huecas de cobre que llenaban de estopa impregnada de materias inflama-

bles y arrojaban con morteros: estas balas lucian en el aire como cometas, y al caer, iluminaban el suelo de manera que permitian apuntar las piezas, «con que la fiesta de los sitiados y la grita era mucha» (3).

Esta crisis parecia suprema en los dos campos; hubiérase dicho que las condiciones de la paz se disputaban bajo los muros de Amiens. La paz estaba ya en todos los ánimos; los antiguos derechos de la guerra estaban tan olvidados, que Hernan Tello convidaba á las hermosas picardas á comidas y bailes en Amiens: los soldados del regimiento de Don Agustin Mejía representaban delante de ellas la comedia de los *Amores de la Infanta Celima*, les vendian á bajo precio las galas de las burguesas de Amiens, y hasta les hacian oír violines; «las más hermosas entre las mujeres del país eran las hijas de la condesa de Bonnavet» (4). Pero las galanterías no interrumpian el cañoneo: las balas se llevaron primero á Saint-Luc, gran maestre de la artillería de Francia, despues al bravo Hernan Tello. No tardó mucho en acercarse un ejército español enviado de socorro.

Este ejército estaba aún mandado por el archiduque Alberto, pero no tiene ya á Rosne ni á Don Agustin Mejía. Detiénese en Vignancourt ante la caballería de Enrique IV, y despues de dos dias de indecision, avanza hasta una legua de Amiens. Los franceses hablan de este acontecimiento como de un banquete. «El primer plato era de siete mil españoles naturales» (5), que avanzaban hácia la puerta de Hotoi haciendo retirarse á los franceses «de tan ruda manera que muchos hubieran llamado fuga á esta retirada.» La caballería española mandada por Contreras, el asesino de Villars, penetra hasta las trincheras. Los cañones se vuelven contra ella; al estruendo siéntese el archiduque poseido de súbito é invencible temor, y ordena la retirada ántes de haber perdido un centenar de hombres (6).—No corteis el hilo á la victoria, le gritaban sus coroneles.—No tenemos ya víveres para el ejército, contestaban los proveedores (7). Y en el momento en que los valerosos españoles eran vencedores, les hace retroceder el austriaco y luégo se retira vergonzosamente á Flandes.

(3) Villalobos, *Comentarios*, p. 287.

(4) Villalobos.

(5) D'Aubigné, t. III, p. 393, el 15 de setiembre de 1597.

(6) Relaciones oficiales de los archivos de Simancas, t. VI, de los

Libros de antaño, p. 109.

(7) *Ibid.* p. 106. «Por no cortar el hilo á la victoria.—La hambre con que ya se hallaba el ejército.»

(1) Villalobos, *Comentarios*, p. 222.

(2) Le Petit, *Crónica de Holanda*, p. 674.

Hubo entre los sitiados una *desesperacion rabiosa*, cuando vieron retroceder sin causa y desaparecer, en fin, aquel ejército esperado por tanto tiempo. Estrechábanse las manos jurando y perjurando hacerse matar. Pero las balas, el hambre y por último la epidemia, habían reducido su número hasta el punto de hacer imposible la de-

fensa. Los mil cuatrocientos sobrevivientes, con ochocientos heridos, desfilaron algunos días después por delante de Enrique IV, quien cubierto de plumas blancas y vestido de argentado raso, se hacia nombrar á los capitanes, según iban saliendo de Amiens, encomiaba la bravura de todos ellos y les honraba por su conducta en la plaza.

CAPÍTULO VII

LOS INGLESES EN ANDALUCÍA

1595-1596

CRUCEROS INGLESES.—PREPARATIVOS DE UNA GRAN EXPEDICION.—SAQUEO DE CÁDIZ

I.—Cruceros ingleses

Los negociantes españoles estaban arruinados no sólo por las quiebras de Felipe II, sino también por las presas de los corsarios. Fundábanse en Londres corporaciones para regularizar los productos del océano y concertar metódicamente las expediciones: los accionistas no siempre realizaban grandes ganancias, los barcos eran á veces destruidos; pero aun cuando Londres no se enriqueciera, Sevilla y Cádiz se arruinaban. En 1593, el conde de Cumberland asoló la Trinidad y la Habana; el año siguiente Ricardo Hawkins devastó el Perú, si bien fué hecho prisionero y enviado á Castilla, donde estuvo encerrado hasta el reinado siguiente. Su padre John Hawkins y Francis Drake, volvieron á la mar para vengarle en 1595; pero fueron rechazados de Puerto Rico por la artillería española, y de Cuba por la tempestad (1). Quisieron atravesar el istmo de Darien á pié y encontraron la fiebre amarilla: Hawkins fué el primero que sucumbió; Drake se embarcó con su gente, cambió algunos cañonazos con la escuadra española de Don Bernardino de Avellaneda, fué rechazado de *Nombre de Dios* por Don Alonso de Sotomayor y murió en Portovelo (2), volviendo arruinada su flotilla.

A lo menos, llamando sobre sí la atención de las pocas fuerzas de que podían disponer los españoles, había asegurado el éxito de los na-

(1) Herrera, t. III, p. 592.

(2) El 7 de febrero de 1596, á los 52 años de edad.*

víos de Walter Raleigh que se hicieron á la vela en la misma época.

Walter Raleigh preparaba en 1595 una expedición destinada á remontar el Orinoco, cuando fué encerrado de improviso en la Torre de Londres por orden de la reina Isabel. ¿Había ofendido la ortodoxia de la reina con palabras sospechosas de ateísmo, ó excitado sus celos con proyectos de matrimonio? Sólo se sabe que recobró el favor, lisonjeando su avaricia. Su flota partió sin él y trajo tan rico botín de San José de la Trinidad, de la Guyena y del Orinoco, que pudo hacer un agasajo de ochenta mil libras á la irritada soberana.

De este modo, las colonias españolas aprovecharon solamente á enemigos de Felipe II; hasta tentaban la codicia de los holandeses que buscaban paso por el polo-norte (3), y exigían continuos refuerzos de tropas y navíos, fuertes costosos, Audiencias con depósitos hasta en Panamá. Y mientras estaba hostilizado en esta inmensa superficie, desatendía Felipe el Mediterráneo y las costas de España. Las galeras estaban olvidadas en los puertos de Italia, á pesar de las lamentaciones de Juan Andrea Doria.—El desorden es completo, exclamaba éste (4): cuando se me dan remeros para treinta galeras, no se me envían remos sino para nueve; las galeras de Génova y las de Toscana se disputan la preferencia; la soldada no se pa-

(3) Herrera, t. III, p. 451. Llegaron hasta el 73°.

(4) *Doc. inéd.* t. II, p. 71, Doria á Felipe II, del 12 mayo 1594.

ga nunca, los capitanes no están nunca á bordo; los soldados no conocen el servicio de mar. La situación es tan grave que, si muy en breve no se fortifican Cartagena y Cádiz, no estamos en aptitud de defenderlas.

Las mismas lamentaciones en las costas de Portugal. Aquí tampoco se paga á las tropas, ni están los puertos en estado de defensa (1). «Suplico á V. M. que no se fie tanto de las congeturas de que no cargaran á esta parte, que por esto deje de acudir á reforzalla. Los castillos están sin gente ni pólvora: el ejército se compone de veinte banderas hambrientas; todos hambreamos, todos nos lamentamos y cada uno piensa que su trabajo es el mayor, y engañámonos en esto porque es uno mismo.»

«Advierta Vm. por amor de Dios y del Rey, que se está en estado de perder la ciudad y la rada y cualquier desastre parece posible» (2).

Mientras Felipe II se hace sordo á estos clamores, acércase la tempestad, y el desastre anunciado va á caer sobre España.

II.—Preparativos de una grande expedición

Antonio Perez no se había limitado á arrastrar á Enrique IV hácia Aragon, sino que había pasado el mar y ofrecido la Andalucía á Isabel (3). Dos años estuvo empeñado en llamar la atención de los ingleses sobre Cádiz, prometiendo gloria al conde de Essex y un rico botín á la reina (4). Y se le escuchaba con tanto más gusto, cuanto que Isabel se creía expuesta á una tentativa de asesinato preparada por Felipe II.

Isabel tenía por médico á un judío portugués, el doctor Lopez, que lo había sido primero de Leicester y era una persona tan honrada como celosa (5). Después de haber merecido estimación por espacio de más de quince años, vino á hacerse sospechoso y fué reducido á prisión por orden de la reina. Encontráronse en su casa, además de una joya de valor, cartas que prometían sumas considerables en nombre de Felipe II, y sometido á prueba de tormento, hizo confesiones y fué por ellas ahorcado.

(1) *Doc. inéd.* t. XLIII, p. 485, Don Juan de Silva al rey, abril de 1593; á Don Juan de Idiaquez, octubre 1593 y abril 1594, p. 505 y 521.

(2) *Doc. inéd.* tom. XLIII, Silva al marqués de Velada, marzo de 1594, p. 520.

(3) Desde 1593 tenía entrevistas con Cecil y Essex. Véase una memoria á Felipe II sobre la corte de Inglaterra, del 20 de mayo de 1593. Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 49.

(4) *Doc. inéd.* t. XXXVI, p. 246.

(5) Lodge, *Ilustraciones*, t. II, p. 224, marzo de 1579. «Cheeff phyzycyon to my lord of Leicester... is a very honest person and zealous.»

En virtud de estos hechos, no se ha vacilado nunca en admitir que el judío Lopez había prometido á Felipe II envenenar á Isabel, lo cual le era fácil, dado su destino de médico real. Pero ha de reconocerse ante todo que las confesiones arrancadas en el potro del tormento, no prueban cosa alguna. Ni aun se sabe exactamente lo que confesó el doctor judío. Por lo demás, la simple verdad hubiera bastado para que se le condenara.

Porque esta verdad, que nosotros poseemos sin tortura, es más lógica que la ficción.

Felipe II no tenía á la sazón interés alguno en que muriera Isabel; al contrario, todo lo podía temer de este acontecimiento. No poseía aún á Calais; Francia y los Países Bajos se le escapaban de las manos; el rey de Escocia lo había engañado: no tenía, pues, medio alguno de ocupar á Inglaterra, ni aun de impedir que un protestante sucediera á Isabel. Su interés único era concentrar todos sus esfuerzos en Francia y asegurar la navegación de sus galeones en el Océano; no pensaba más que en ajustar la paz con Isabel, á fin de aislar á Enrique IV y recobrar sus barras metálicas. Así como había cedido en los Países Bajos, enviando á Don Juan de Austria á Luxemburgo, estaba cansado ahora de la lucha con Inglaterra. Ahora bien, no pudiendo entrar en relaciones directas con herejes, tenía que recurrir á vías indirectas para proponer una tregua.

Don Cristóbal de Mora, ciertamente el más honrado de sus ministros, envía en su nombre á Londres al portugués Manuel de Andrada y al español Pedro Marquez, que deben entenderse con el doctor Lopez para que los introduzca ante la reina: los tres aconsejaron á esta que aceptara un armisticio, que prohibiera las piraterías é internara en Londres al pretendiente Don Antonio (6). Por desgracia, el tesoro estaba tan exhausto, que los negociadores llegaron como mendigos: Andrada no recibe más que trescientos escudos y la promesa de un destino en las Indias. Para decidir al doctor Lopez á entrar en esta peligrosa cuestión con la irritable soberana, tampoco tiene Mora más que una promesa. «Será justo, dice (7), dar algo para la hija del doctor Lopez, y esto podría ser alguna joya vieja de las que hay en las arcas de S. M.»

De aquí la joya de que se trata en el proceso.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1578, piezas 7 y 11.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 11.